

1830 . 1930

ALFONSO ZAWADZKY

Pbro.

De la Academia de Historia,



Sangre de Bolívar y Sucre

TALLERES DE LA TIPOGRAFIA SEVILLANA

Sevilla V. 1930

:SANGRE de BOLIVAR y SUCRE



BOLIVAR - RETRATO DEL NATURAL

POR GIL - 1824

©Academia Colombiana de Historia



Tal vez Bolívar murió sin saber que tenía con Sucre vinculaciones estrechas de sangre. Y, acaso el gran Mariscal de Ayacucho llegó hasta la sombrosa jornada de Berruecos sin sospecha alguna de su parentesco con el Libertador inmortal.

Al leer la correspondencia sostenida entre estos dos grandes espíritus, se adivina la inducción de una rara y misteriosa corriente de afinidades amícas y de cariños hondos. Bolívar se inclinó, casi hasta con debilidad, hacia el alma de Sucre. Rara atracción ejerció éste sobre el creador de cinco enormes democracias.

Sucre trató a Bolívar con afectuosa familiaridad y en veces le dió calificativos amorosos, de los que el hijo solamente reserva en su íntimo querer para con el autor de sus días. Parece que la corriente de una misma sangre portaba en sus hemáticas los hervores del espíritu en múltiples simpa-

tías de Sucre al Libertador caraqueño. Abrióle en las cartas sus absconditos secretos. Siempre quiso consultarle los árdulos problemas de su vida particular. Y—bellísima faceta de la psiquis de Sucre—siempre antepuso a todo la salud de la República. Jamás quiso dar paso beneficioso para sus individuales conveniencias, sin primero explorar la voluntad del Libertador en los negocios de la Magna guerra.

La historia y la psicología todavía no habían entrado en el exámen del hecho. Sospechaban los críticos, emergencias de simpatías, en donde de verdad imponía su ley la fuerza de la sangre, como vitalidad, como expresión de la verdadera vida. Las fuerzas secretas, pero de grandes realizaciones, de lo que llaman la herencia psicofísica, ondularon bellamente en las almas de Bolívar y Sucre. Realizaron una misión que el tiempo les diera, misión acumulada en las generaciones, especie de filtración purificante, de crisol impalpable, que iba seleccionando elementos y unidades vivificas, para confluír, en un momento dado, sobre las matrices afortunadas, y luego emerger dibujadas en las fisonomías espirituales de los inmortales conductores.

Sucre y Bolívar eran parientes por consanguinidad. Y la vinculación de sus seres con las corrientes de la consanguinidad, se hizo con grumos de amores generosos en una serie de generaciones limpias e ilustres por títulos variados y gloriosos. Un pariente de Sucre, modernamente, se ha dado a la tarea de estudiar la genealogía de los dos más encumbrados soldados de la libertad americana. Las líneas de esa genealogía son episodios de rubicunda sonoridad, porque en cada generación, o florece una gloria, o suena el himno épico de alguna victoria del derecho o de la sobe-

ranía del pensamiento que empuja a la libertad hacia la conquista de lo grande por los mundos intrincados en donde el prejuicio ejerce la triste hegemonía del mal.

Conocida la genealogía de Bolívar y Sucre, llega el historiógrafo al descubrimiento de un secreto. Ya puede soltar las ligaduras de la imprecisión. Ya puede echarse en raudó vuelo hasta llegar al pináculo de la luz que aureola augustamente las sienes del Mariscal, y señalar con certero golpe de crítica, la razón de las semejanzas que adivina el análisis entre el hombre genial que tuvo el gesto subrayante de Pativilca y el que logró robar los laureles de la inmortalidad en las alturas iluminadas del Pichincha y en las pampas abismantes de Ayacucho.

La sangre procerca de dos estirpes hizo un delta caprichoso: corrió a desembocar en el tiempo, punto señalado en los humanos destinos de América, en que debía surgir invencible la iluminación de la idea de emancipación, sumergida entre profundas cavidades de raza y geografía. Al caer la rubicunda torrentera, bautizó dos amores, fecundó úteros predestinados, humedeció los cerebros redentores, orientes de la revolución emancipadora, encauzó hacia un solo punto de convergencia múltiples expresiones de aspiración y tendencia, y dignificó un mundo entero, mundo de espíritus, mundo de una mezcla de razas, mundo de una civilización fundida en otra civilización, mundo de selecciones y ambiciones, mundo transformador, porque su verbo dicente, realizador, en sus ondulaciones espirituales, vibró un día sobre los labios de un chico en Caracas y repercutió otro día sobre las pupilas de un efebo en Cumaná, primero, luego en las inquietas olas del Caribe, y después, en una tercera jornada de contactos mis-

teriosos, el día en que Bolívar, cerca de Cúcuta, se besaba en fruciones íntimas de explorador afortunado, con el alma egregia y armoniosa del gran sacrificado por la perfidia de una democracia engañada en un minuto de locura máxima.

Cuando el estudioso lea y relea las páginas imborrables de la correspondencia d' estos dos grandes señores, noticiado de sus propinquidades de parentesco de sangre, descubrirá entonces esas afinidades raras de reciprocas atracciones, las que indujeron el alma inquieta del hijo epónimo de Caracas a buscar el espíritu comprensivo de Antonio José de Sucre. Descubrirá, y podrá leer la historia interior de dos almas grandes, de dos espíritus selectos, de dos corazones que hicieron el concierto militar de su amor a la democracia en el ritmo consagrador del sacrificio unánime, porque de entrambas voluntades solo una proclamación única emergió en toda su divina tonalidad: la de hacer todo lo que fuera necesario hacer por la Patria. Nada más que por la Patria. Es decir: por la estabilización de una forma política que garantizara al individuo su propia libertad y pusiera en categoría su derecho a ser gobernado de acuerdo con sus tradiciones de raza, de estirpe, de religión, de fuero familiar, de formación social y de aspiraciones colectivas, a base de selección por la idea hecha realidad, es decir, verdadera libertad.

La morfología espiritual de Sucre tiene similitudes con la de Bolívar, por más que la conciencia del genio Libertador se diferencia en su inquietud hacia la idea con el espíritu reposado y comprensivo del cumanés integérrimo.

Gloria máxima de Venezuela, de la antigua suspirada Gran Colombia, es tener en su heráldica política, un campo de gules divinos que se tiñen y retiñen nada más que con la sangre roja—púrpura

indeleble—de Bolívar y Sucre, en cuyas generaciones se entremezclan los apellidos y resuenan las glorias de las virtudes y de la gesta de pretèritos día de aventuras enormes, cuando la simiente aventada era zarandeada por el viento travieso de ambiciones de hombres que buscaban ennoblecer su progenie y llenarla de timbres para legar las generaciones de los hijos de sus hijos.

Veamos las líneas magnificas de la genealogía de los dos hombres famosos. Bien merece el estudio de la historia patria la enseñanza de estos capítulos de sangre y de luz.



II

El paralelo de las vidas de Bolívar y Sucre es bello y afirmativo de verdades que la ciencia cada día pregona como postulados de sus conquistas e investigaciones.

El linaje de los dos héroes esclarecidos remonta su celebridad a viejas generaciones, desde donde clarea el sol de los futuros triunfos de las espadas épicas que libertaron e hicieron fuerte el mundo americano, a pesar de la morfología religiosa de sus latitudes, no obstante también la desorientación intelectual que operan en la colectividad los prejuicios, cuando éstos se aferran en la cuna, en la escuela, en el tipo impreso y en la palabra hablada.

Hay dos puntos curiosos en la ascendencia de

Bolívar y Sucre. Parten las líneas de su consanguinidad del tronco común de don Francisco Infante, que fue uno de los capitanes de don Diego de Losada en la conquista de Caracas. Este bravo luchador, natural de Toledo, formó parte de la expedición de Spira en 1535.

El aspecto a que hacemos referencia es el haber sido el capitán Infante de los más aguerridos en la campaña emprendida contra el mal llamado tirano Aguirre, a quien la historia crítica de la ideología de la democracia en América habrá de reconocer el título de germinador de la independencia completa. Y decimos así, porque las ideas son como las generaciones: se abren paso a través del tiempo. En veces su luz se atomiza y tropieza con la densa e impenetrable muralla del prejuicio. Sobre una dura superficie se detiene complacida para bañarla; dijéramos, para humedecerla y horadarla, siquiera para hacerla materia plástica o por lo menos transmisor del mensaje que un cerebro más iluminado envía a las generaciones que se mantienen adormiladas en los sótanos de la ignorancia.

En la historia de las frases vibrátiles, repletas de medula sustanciosa de transformación, que llevaban el embrión de algún programa salvador, debe registrarse la carta del tirano Lope de Aguirre a Felipe II. Frases de una tonalidad retadora. Lanzadas de oro. Desafíos iracundos. Especie de precursoras de una revolución. Si hemos de ser consecuentes con la lógica de la crítica, tenemos que admitir que en los procesos de transformación sociológica, las ideas, portaestandartes de la redención, tienen, sufren, experimentan, largas, larguísimas gestaciones. Lope de Aguirre firmó aquellas memorables frases: «Nos hemos salido de hecho, de tu obediencia y nos hemos desnaturaliza-

do de nuestra tierra que es España, para hacerte aquí la más cruel guerra que nuestras fuerzas nos consientan. Se me da una higa de todos vosotros. No sois sino niños pequeños. Yo, hijo de fieles vasallos de la corona en tierra vasca, seré rebelde hasta la muerte por culpa de tu ingratitud».

Estas palabras, citadas por Ispizúa, son un germen que fue depositado en tierra abonada, que dio prolífico fruto después de trescientos años. Y caso raro: el capitán Infante peleaba entonces por los fueros de la corona, por fueros que un descendiente de guipozcoanos habría de combatir hasta levantar la gallarda bandera de una nacionalidad nueva y viril. Raros contrastes de las razas. Más raros aún estos encuentros entre las progenies, unas defensoras del absolutismo, otras rendidas a la deidad de la máxima idependencia. Por eso, escudriñando en el pasado la génesis de nuestra emancipación, siempre hemos creído un dislate la afirmación insustanciosa y floja de los historiadores americanos cuando dicen que la guerra de la Independencia fue una guerra o revolución civil. Precisamente hay un contrasentido en tal afirmación si no se elimina el sustantivo idependencia. Y si la sabiduría del derecho institucional ahonda un poco, tendrá que declarar que cuando se buscan fueros de separación y se hace volcar la firme solidez de un régimen político para implantar otro de una naturaleza adislinta, no puede aceptarse la afirmación de que fue una mera escaramuza de guerra civil lo que con tan rumbosa sonoridad glorifican los bardos y plectros de los pueblos neoemancipados. Llamar Epopeya, gesta de dioses, jornadas y tiroteos de familia, en disputa de un trapo o de una mera primacía civil, no parece digno ni correcto. Y es contradecir la esencia jurídica de una tendencia, preparada por ríos de sangre en los mó-

dulos de una raza oprimida en varios trajinares de siglos aventureros, y conducida por los corifeos de la idea, la cual, a manera de sol, esparció sus claridades hasta decidir a los dubitativos y dar coraje de leones a los que enantes parecían los más serviles mancipios y tributarios del tradicionalismo imbécil de una política de desigualdades, que al seguir impávida y sin oposición, habría tarado la existencia sucesiva de dos o tres civilizaciones a- quende los mares en donde hizo su aparición Balboa, y más allá de la orillas a donde llegaron las carabelas 3fortunadas del gran Almirante, que no pudo bautizar su conquista con el derivado de su nombre combatido por la crítica, porque no quiere para América un patronímico extraído de las letras del inmortal aventurero victimado por la intriga de Bobadilla.

Reafirmamos nuestro concepto, confrario al del *magister dixit* de gran número de historiadores americanos. No cuadra con la morfología de la tendencia política de nacionalidad la definición que ellos han dado de la guerra emancipadora. El grito, que no fue expresión esporádica del alma indohispana, sino revelación de una conciencia formada, de independendencia, era de transformación de nacionalidad. Mutación de términos políticos. Y cambio radical de regimenes. La nacionalidad americana era entonces una nebulosa. Pero era una nacionalidad que del mero estado embrionario surgía sobre la superficie de las realidades. Por lo tanto, la guerra no era civil. La idea central, el pensamiento de los luchadores al aventarse al estadio cruel del gran combate, era nacionalidad. Crearla, es decir, condensar, la idea, el programa, en formas vividas para la colectividad. Así, sea de ello lo que fuere de cuanto a definir ciertas maneras vacilantes de expresar el deseo de romper depen-

dencias, desde un principio hubo miras de formar nacionalidad; es por lo tanto, un dislate calificar la magna guerra de movimiento civil. Fue una guerra internacional. Y nó como quiera, sino de precisiones en todas las atmósferas políticas de los mundos que se llamaban colonias con el titulado aforramiento de virreinos y capitanías. El argumento de raza y lengua prueba tanto, que no prueba nada. La unidad política como unidad hispánica no pudo existir desde el momento en que se efectuó el movimiento de mezcla de razas. Y la unidad idiomática perdió su continuidad, porque la diversidad de lenguas y dialectos saltó con sus sílabas a cantar la hora de impedir que la obra de la conquista oprimiera para siempre la razón del alma de una civilización, cuyos orígenes aún permanecen en la oscuridad, pero cuyas huellas dicen que el hombre americano marcó en los siglos anteriores a la fecha en que Colón abrió para España los cármes de esta flor, algo que no puede llamarse escuetamente «barbarie».

El otro punto que subrayamos en este breve estudio de la sangre de Bolívar y Sucre—subrayado meramente de carácter de conceptismo subjetivista—es el de que don Diego Gómez de Ampuero y doña Ana de Rojas, fueron asesinados en la isla «Margarita», celeberrima en la emancipación venezolana, por orden del ya citado tirano Lope de Aguirre, cuyas palabras de énfasis democrático debieron sonar muy a manera de trueno en los oídos de Felipe II. Y del matrimonio de los dos asesinados nacieron los progenitores de Bolívar, don Francisco Infante, llamado el Mozo, y la abuela de Sucre, doña Francisca de Rojas.

Qué raro acontecimiento, decimos nosotros en nuestras reflexiones de búsqueda. Raro asesinato, por orden de uno llamado tirano, y ejecuta-

do en una isla, en donde la sangre revolucionaria trazó las más bellas curvas de ascendencia hacia las cumbres soleadas de la libertad. Y, más raro, si pensamos que en lo porvenir, cuando una bandera de tres franjas sombreaba los campos de la nueva nacionalidad, cuasiemergida de las fauces voraces de una pacificación paradójica, Sucre habría de provocar, en su ecuanimidad, el hervor de los que fueron sacrificados villanamente—sus abuelos y los progenitores de Bolívar, su pariente-gémino espíritu del suyo, porque nacieron con alas misteriosas en su agilidad para volar hacia las escarpadas alturas de la gloria humana esquiva.

No queremos acentuar una tesis avanzada. Es nuestro concepto como el de los ojos del cazador que busca la huella de la presa perseguida por sus sabuesos de infinito olfato. Sucre tuvo un bautismo de sangre en sus antepasados. Bolívar recibió en las orillas del mar Caribe las angustias de ascendientes suyos martirizados en la Isla Margarita, con testigo presencial el mar, el mismo, que en 1830, fuera admirador del ocaso del genio que lo rivalizara en su inquietud perenne y procelosa.



III

Claros nombres los de quienes acendrarón en sus generaciones las dos glorias americanas del derecho y de la milicia. Por cierto, preclara, con sus escudos—vieja heráldica en que los campos de honor tienen colores de gloria y símbolos de vida— fue toda la gente de ese linaje, rematado en dos sustantivos propios, cuya derivaciones fueron cinco repúblicas y las infinitas esplendencias de glorias militares, de garbosas oratorias inimitadas en la civilización que escuchó a Demóstenes disputando con el mar, y a Cicerón asombrando los auditorios con la elegancia de su idioma hiperbatonado, diciendo, demoleedor de prestigios y reconquistador de los fueros de la República romana; oratorias culminadas en un canto, breve, sonoro, eó-

lítico, perfumado, concreción de las eufonías de literaturas extrañas a la hispana, en cuya morfología fue cincelado: ése poema de Choquehuanca a nuestro Padre Bolívar, canto de tono profético, de corte severo, de sonoridad expandida por todos los siglos de la democracia, a la manera de la onda concéntrica en la mar rizada.....

Nombre que de nebulosa formaron constelaciones de soles, nombres, cuya prosapia constituye ahora, la gloria secreta de los archivos y forma la concupiscencia de los hambreados revividores del pretérito de los pueblos. Tienen todos en sus brevedades prosódicas ilimitadas extensiones, porque enclaustran en sus términos lo que las plumas dilatan sobre las páginas insaciadas de los libros de cada día en cada centuria.

No son anónimos los que en su gesta llenaron época y dieron lustre a sus cunas. Porque, Francisco Infante, Alejandro Pente, Vásquez Bocanegra, Diego Vallenilla Arana, Fernández de Araújo, Blanco de Herrera, Sánchez Ramírez de Arellano, Palacio y Sojo, Bolívar y Ponte, Sucre y Urbaneja, y otros, que son muchos, aunque no tuvieran título alguno para llamarse nobles, bastaría el haber sido los como estereotipadores de Simón Bolívar y Palacios y de Antonio José de Sucre y Alcalá. Ello es más que un título. Forma toda una prosapia de timbrados orgullos para hacer estremecer de gozo a cualquier matriz, o saltar de alegría a cualquier corazón hidalgo.

En la maraña de esos nombres y apellidos, vibrando se vino, a través de más de trescientos años, la hora de la cuna en Caracas con la hora de la cuna en Cumaná, en cuyos vaivenes—la una y la otra, la primera con la segunda—América por el norte, vería a parecer el día de su glorificación.

Don Diego Gómez de Ampuero en su matri-

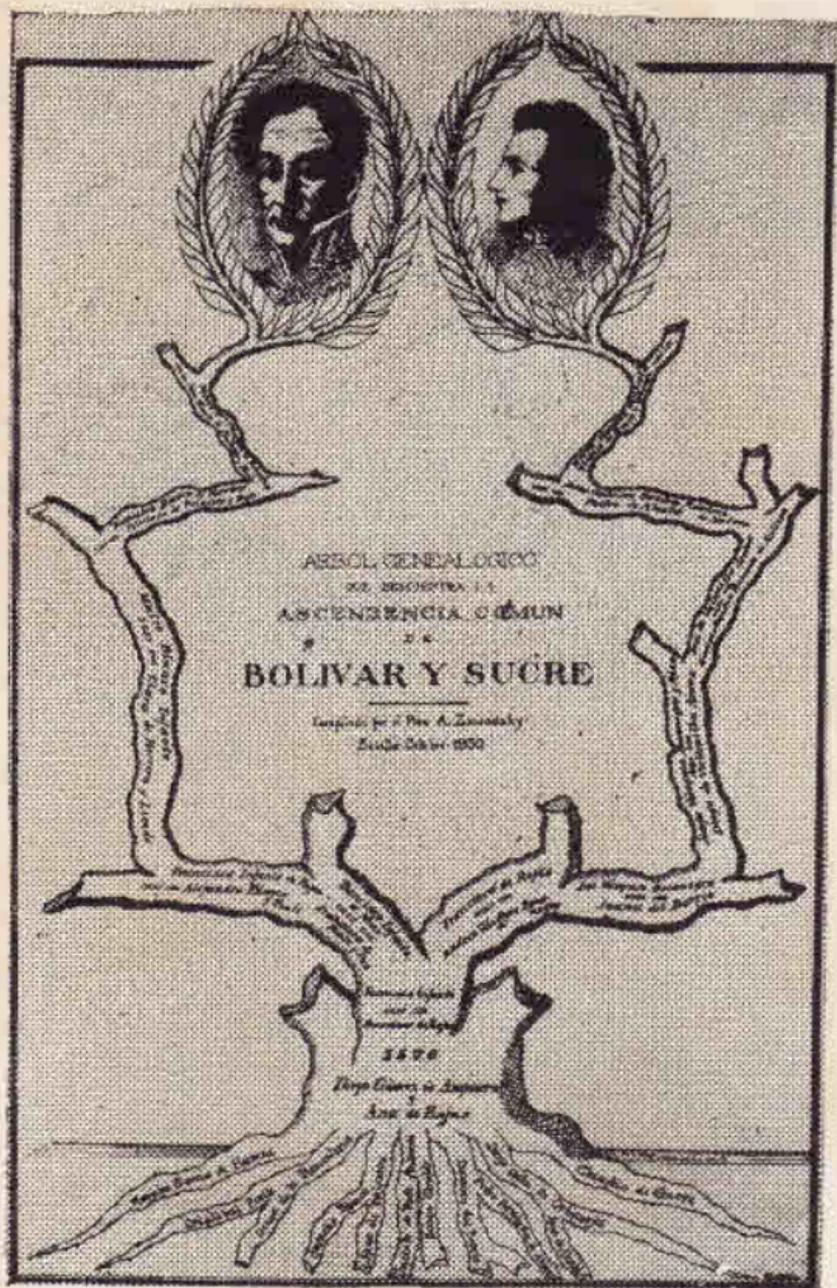
monio con doña Ana de Rojas fundió el primer anillo de la gran serie genealógica en que los siglos engarzaron la chispa que besó el alma de Bolívar. Como un prototipo, ese anillo, tuvo la marca de sangre, porque la sangre es vida, y en sus eslabones se concatenaba la manera de inducir la fuerza creatriz de una revolución ideológica.

Don Francisco Infante casó con doña Francisca de Rojas, hija del matrimonio de don Diego Gómez de Ampuero y Doña Ana de Rojas. Este es el tronco común en la parentela de Bolívar y Sucre. Punto de partida de la doble parábola que iluminó toda la América. En la generación citada se encierra el secreto para estudiar el por qué de las uniones espirituales de los dos grandes conductores.

Las etapas de esa historia de grandiosos episodios pueden reducirse a grupos genealógicos, para hacer más objetiva la lección y más fecunda su enseñanza.

Francisco Infante
y
Francisca de Rojas

Formaron el enlace de corazones y simpatías raras en los grupos siguientes: Número uno, que es el grupo de la ascendencia bolivariana: Francisca Infante con Francisca Aponte y Paz--Francisca Infante de Rojas con Alejandro Blanco y Ponte-Mateo Blanco Infante con Josefa Fernández de Araújo-Mateo Blanco Infante con Clara de Herrera y



SANGRE DE BOLIVAR Y SUCRE

Liendo-Francisca Blanco de Herrera con Feliciano de Palacios y Sojo-María de la Concepción de Palacios con Juan Vicente Bolívar y Ponte-padres del Libertador.

Grupo Número dos: Francisca de Rojas con Andrés Vásquez Bocanegra-José Vásquez Bocanegra con Juana del Barrio-Josefa Vásquez Bocanegra y Rizo con Diego Vallenilla Arana--Inés de Vallenilla Arana con Dionisio Sánchez Ramírez de Arellano-Juana Gerónima Sánchez Ramírez de Arellano con Pedro Alcalá-María Manuela de Alcalá con Vicente de Sucre y Urbaneja, padres del Mariscal de Ayacucho.

Común tronco de origen, porque los dos predestinados habrían de hacer su deambulación gloriosa en campo de ideales idénticos y habrían de recibir premiaciones de glorias parecidas

En las líneas de la sangre del Libertador se presentan hechos curiosos, que forman en la historia un raro contraste. Don Francisco Infante, el Mozo, militar ^{ducho} en las guerras costaneras, siempre estuvo en lucha contra los indios de la antigua Venezuela. Peleó contra la raza cuyo futuro paladín sería Bolívar, porque el hijo de doña Concepción de Palacios ante todo nació para salvar la democracia. Su cuna y su casa son templo sagrado en donde los libertados siempre saludarán el momento en que una mujer parió para la inmortalidad al que no pudieron vencer siglos de glorias impositoras, y cuya grandeza en los siglos futuros habría de crecer en la forma que le profetizó la oratoria de Choquehuanca.

El Capitán Infante casó con doña Francisca de Ponte y Paz, nacida del matrimonio de don Tomás de Ponte y Clavijo con doña Inés de Paz. El señor Ponte era nieto de don Cristóbal de Ponte, conquistador de Canarias. La familia Ponte era anti-

quisima, familia patricia de Génova. Hubo personajes de distinción entre los de su linaje. Su escudo de armas era un campo de gules sobre ondas de azur y plata, una puente de tres arcadas de plata también, sumada de un león rampante de oro, según la descripción de Luis Alberto Sucre, quien al efecto cita a Antonio Ramos en sus estudios sobre la casa de Mesa y Ponte.

La línea de Bolívar arranca de los Infantes y se extiende entre los apellidos Ponte-Blanco-Herrera-Palacios-Ponte de Andrade, entrelazados con los apellidos Ayala-Ascanio-Sojo-Gil de Arratia y Marin de Narváez.

La familia Blanco era originaria de Burgos. Los historiadores afirman que los de este apellido pasaron a Francia. Era familia montañesa. En Lyon nació Cornelio Blanco, hijo de don Pedro Blanco, antes de la mitad del siglo dieciseis. Pasó a Flandes y allá casó con la señora Adriana Gerardts.

Este apellido, muy ilustre y titulado en Venezuela, marca en los que lo llevaron en Flandes curiosas trayectorias. Del matrimonio citado nació Pedro Blanco y Gerardts, en Brujas, el cual casó en Garachico (Tenerife) con doña Beatriz de Ponte y Rebolledo. Este matrimonio navegó hacia América y se estableció en la isla Margarita, tierra materna de Alejandro Blanco y Ponte, hijo de ese matrimonio, quien a su vez, radicado en Caracas, contrajo matrimonio, por los años de 1632, con doña Francisca Infante de Rojas, su prima hermana, hija de don Francisco Infante, el capitán, y doña Francisca de Ponte y Paz. Don Alejandro y doña Francisca fueron los padres del Capitán don Mateo Blanco Infante, quien dizque fue Regidor perpetuo de Santiago de León, en donde fue casado con doña Josefa Fernández de Araújo.

Del matrimonio Blanco Infante-Fernández Araújo nació en Caracas Mateo José Blanco Infante, Maestro de Campo, quien a su vez casó con la esclarecida señora doña Clara Herrera la cual fue esposa legítima de don Feliciano de Palacios y Sojo, abuelos maternos del Libertador Simón Bolívar.

La casa Blanco, rancia también en sus alcurnias y en las titulaciones de su linaje, poseía su escudo de armas que se representaba en un campo de gules, un atorre de plata con bordura de azur y ocho aspas de oro y con partido de sinople y tres fajas de oro. (Archiv. Nacional-Caracas-Tom. XV-182. Limpieza de sangre de don Alejandro Pío Blanco de Ponte-Archiv. Arzobisp. Ibid. Dispensas matrimoniales etc.

La familia de la esposa de don Mateo José Blanco Infante no era menos distinguida en su linaje. La genealogía se remonta a los tiempos del Rey don Alfonso XI, en el siglo catorce. Fue don Hernán García de Herrera padre de don Juan Fernández de Herrera, quien casó con doña María Girón. Don Juan era señor de la Villa de Herrera, de donde su apellido segundo, y Capitán de Palenzuela.

En la descendencia de esta familia se cuenta a doña María de Ayala casada con don Fernán Pezaza. De tal unión nació doña María de Ayala, mujer de don Diego Sarmiento de Rojas.

Del matrimonio de don Agustín de Herrera, hijo de los ya citados, con doña Leonor Pacheco, nació don Juan Sarmiento de Herrera, que fue capitán y Alférez Mayor de la ciudad de Valencia, casado con doña María de Loaiza.

Don Juan y Doña María tuvieron a don Agustín de Herrera, legítimo, quien casó con doña Isabel Margarita de Ascanio y Guerra, padres, a su

vez, de don Juan Ascencio de Herrera y Ascanio, que llegó a ser Alcalde ordinario de la ciudad de Caracas. El señor Herrera y Ascanio casó con Doña Rosa de Liendo, que fueron los padres de doña Clara de Herrera y Liendo, esposa del citado don José Mateo Blanco Infante.

De esta familia habló el doctor Andrés Ponte en su obra «Algunos progenitores del Libertador». Y de sus blasones nobiliarios trata Fernández de Bethencourt en su «Blasón de Canarias.»

La familia Herrera tenía, como todos los nobles que vinieron a la conquista, registrado su escudo de armas, que era campo de gules, dos calderas de oro y una orla de gules también con ocho calderas de oro menores.

Sigué a esta noble y linajuda gente la que honró el apellido Palacios, glorificado en la matriz de doña Concepción de Palacios, madre de Bolívar, cuya casa solariega ha tenido un canto único por su resonancia, bello sin rival literario, el que entonó el Padre Carlos Borges, con trasiciones a todas las policromías de la gama del amor sentido y profesado al genio inmenso formado en la matriz de aquella noble mujer afortunada.

Doña María Concepción Palacios y Blanco nació del matrimonio de don Feliciano Palacios y Gil de Arratia con doña Francisca de Blanco Herrera, hija de don José Mateo Blanco y doña Clara de Herrera, que hemos citado atrás. Don Feliciano fue hijo del segundo matrimonio de su padre don José de Palacios y Sojo, casado con doña Teresa de Sojo, y, viudo de élla, con doña Isabel María Gedler y Rivilla, quien a su vez había sido casada con el capitán de don Diego de Liendo.

Don Feliciano casó en primeras nupcias con doña Josefa de Lovera Otañes, y en segundas, con doña Isabel Gil de Arratia. Del segundo enla-

se nació el capitán don Feliciano Palacios y Gil de Arratia, de quien hemos hablado, abuelo del Libertador.

El escudo de armas de los Palacios era cortado: un campo de azur con cinco roeles de oro, y otro de plata con una águila explayada de sable; bordura de oro, con dos calderas y un racimo de uvas a cada lado; y en jefe y en punta una corona de gules con cinco puntas, según la descripción de Luis A. Sucre y lo que historia don Felipe de Francia en la genealogía de la familia Bolívar.

Luis Alberto Sucre afirma e historia, que otra rama de la familia Ponte (Pontz de Andrade) se estableció en Galicia. En la historia de la genealogía bolivariana tiene su representación esta línea de los Ponte Andrade, porque don Pedro Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, hijo legítimo de don Jacinto de Ponte Andrade, y doña María Jaspe de Montenegro, vecinos de la Coruña, construyó en Caracas, de su propio peculio, la Célebre Capilla de la Santísima Trinidad en la propia ciudad. Allí fundó el sepulcro de su familia, y en esa capilla reposaron durante algún tiempo los mortales despojos de Bolívar hasta que fueron colocados en el Panteón Nacional de su propia ciudad materna. Y en la misma dicha Capilla descansan los de su esposa doña Teresa Rodríguez del Toro y Alaisa. Don Pedro fue casado con la señora doña Josefa Marín de Narváez.

De este matrimonio hubo una hija, que se llamó doña María Petronila de Ponte y Marín, segunda esposa de don Juan de Bolívar y Martínez de Villegas, padres de don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, quien engendró en doña María de la Concepción Palacios y Blanco al que la historia llama el padre de la República democrática en la América meridional.

Curiosas son las armas de los Ponte Andrade: Una puente de dos arcos y encima, sobre un campo, una cabeza de Lobo. Simbólica y significativa heráldica.

Así, por la línea Infante, culmina, digamos, florece en pompa cimera, el árbol de una gloria que así misma se canta, porque es una sola perenne vibración.

Se columpia el apellido de Bolívar como fruto saturado de savias generosas. Su escudo es una historia de familia, que preludia futuros de lucha, de gloria brillante y de angustias fatales.

Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte fue hijo del Capitán de Infantería española don Juan de Bolívar y Villegas, que fue en su tiempo Justicia Mayor de los Valles de Aragua y fundador de la Villa de San Luis de Cura. De su segundo matrimonio nació el progenitor del Gran Libertador. Fue su esposa primera doña Francisca de Aguirre, y la segunda, doña María Petronilla de Ponte y Marín, como ya se dijo.

Los segundos abuelos paternos del Libertador se llamaron don Luis de Bolívar, también Justicia Mayor de los Valles de Aragua, y doña María Martínez de Villegas.

Los terceros fueron don Antonio de Bolívar, casado en primeras nupcias con doña Luisa de Marmolejo, y, en segundas, con la noble dama que se llamó doña Leonor de Rebolledo y Almendaris.

Los cuartos abuelos de ascendencia fueron don Simón Bolívar, el Mozo, quien casó con Beatriz de Rojas. De este matrimonio nació don Antonio. A la muerte de doña Beatriz, don Simón vistió la sotana de clérigo y recibió la sagrada ordenación sacerdotal.

Los quintos se llamaron don Simón Bolívar y doña Ana Hernández de Castro. Residió en la



Sobre la fronda del árbol genealógico de Bolívar también se mece la prosapia de Sucre. Los campos de gules, de azur, de sinople, con sus bandas, coronas y estrellas de oro y plata, también aparecen en las armas de la ascendencia del Mariscal de Ayacucho.

Vamos a pasar revista a su patricia gente, para que aparezca la confluencia de las dos sangres en la formación de la común gloria de estos dos ínclitos varones en la historia de América.

Don Andrés Vásquez Bocanegra, que fue casado con doña Francisca de Rojos, fue hijo del Capitán don Simón Giraldo y de doña Leonor González. Era vecino de Santiago de León y uno de sus fundadores. Había acompañado en la conquis-

ta de la provincia de Caracas a don Diego de Losada. Era hijo de conquistadores y de noble linaje y limpia sangre, según rezan los pergaminos rancios de los nobiliarios españoles.

Como hemos visto—repetimos para destacar la común línea del parentesco entre Bolívar y Sucre—doña Francisca de Rojas fue hija del Capitán don Francisco Infante y doña Francisca de Rojas.

Del matrimonio de don Andrés hubo un hijo, que fue el capitán don José Vásquez bocanegra, quien casó en la ciudad de Cumaná con doña Juana del Barrio, apellido oriundo de reino de Granada.

A extenso trata de la genealogía del Gran Mariscal de Ayacucho don Felipe Francia. En su obra se historia el origen de la familia Vásquez Bonegra.

Tenía sus armas, descritas así por Luis Alberto Sucre: Escudo partido, el 1º de oro, seis roeles de azur, orla de gules con ocho aspas de oro, 2º cuartelado en sostuer, 1º y 4º de plata, 2º y 3º de gules, en el jefe una cruz de gules.

Doña Juana del Barrio fue hija del Capitán Francisco del Barrio y Hernández, casado en Cumaná con doña Leonor Rixo, hija del Capitán Gaspar Rixo y doña María González. El Capitán Barrio y Hernández anduvo en la expedición comandada por Cristóbal Cobo, salida en 1584, a la conquista de los indios Cumanagotos. Se llamaba Damián del Barrio y Hernández, a su vez hijo del Capitán don Damián del Barrio, oriundo de Granada, que estuvo en las tropas de Carlos V que triunfaron en Pavia y había venido a Venezuela con el Gobernador Jorge de Espira. Fue casado con doña Francisca de Hernández.

Del matrimonio de don Francisco con la Rixo González nació doña Juana ya nombrada, que ca-

só con el capitán don José Vásquez Bocanegra, de cuya unión fue fruto doña Josefa Vásquez Bocanegra y Rixo que se unió en matrimonio, en Cumaná, con don Diego de Vallenilla Arana, también apellido de nombradía por su alcurnia.

Las armas de los del Barrio eran: escudo partido 1º de gules, un castillo de oro; 2º de plata, banda de sinople.

De su nobleza tratan Oviedo y Baños en la historia de la conquista y población de Venezuela.

Fueron gentes de milicia ejercida. Estuvieron en conquistas de indios e hicieron en Venezuela fundaciones de pueblos y villas.

El matrimonio Vallenilla—Arana, Vásquez Bocanegra Rixo, hubo varios hijos. Doña Inés casó con el señor Coronel don Dionisio Sánchez Ramírez de Arellano.

Fue uso en las épocas coloniales el de anteponer el apellido materno, que por eso fue que don Diego se firmó Vallenilla Arana.

Sucre dice que el solar de la casa de Arana estuvo en un lugar de Isla, en Santander. Y de esa casa descendía don Pedro Fernández de Arana, quien a su vez casó con la ilustre dama doña Catalina Fernández de Isla Vallenilla o Ballenilla.

El solar de Ballenilla estuvo en la merindad de Trasmiera—historia el citado genealogista—Una rama de este linaje se estableció en Arnuero, en la misma provincia de Santander, en el partido de Santoña.

Gente de nombradía y muchas campanillas y títulos, los Vallenilla Arana, se ha prolongado en la historia de Venezuela, en ejemplares que han dado lustre a las letras y a la República.

Sus armas: «Escudo cuartelado; primero, de sinople, un águila de plata; segundo, de oro, una torre de piedra mazonada de sable y dos lobos

del mismo color, empinados a sus muros; tercero, de oro, un león rampante de su color natural, lampazado y contoneado de gules; cuarto, de azur, un estandarte de plata con una cruz de gules.» (L. A. Sucre).

Del matrimonio Sánchez Ramírez de Arellano—Vallenilla Arana nació doña Juana Gerónima Sánchez Ramírez de Arellano, quien casó con don Pedro de Alcalá y fueron los abuelos de Sucre, como veremos.

La familia o línea Alcalá era originaria de Málaga. Representada en el capitán Juan de Alcalá se avecinó en Cumaná hacia el año de 1650. Allí se casó con doña Isabel Márquez de Valenzuela, emparentada en su ascendencia con don Diego Fernández de Serpa, fundador de la ciudad de Cumaná.

Del matrimonio Alcalá-Márquez de Valenzuela nació don Pedro de Alcalá, que llegó a ser Regidor y Alcalde Ordinario de su ciudad natal, y unió su vida a la de la distinguida señora cumanesa doña Andrea María de Guevara Soberanis.

Fue hijo de éstos el Allérez don Diego Antonio de Alcalá, quien casó con doña Isabel María Rendón Sarmiento, abuelos de Sucre.

Nació del matrimonio Alcalá-Rendón Sarmiento doña María Manuela de Alcalá, madre del Mariscal de Ayacucho.

Las armas de la familia Alcalá, sencillas, eran expresivas y magníficas. Sucre las describe así: «De azur con una faja de sable perfilada de oro, en jefe un león rampante de oro y en punto un jarrón del mismo metal con un ramo de lirios de su color».

Doña María Manuela de Alcalá casó con don Vicente de Sucre y Urbaneja, que era coronel y fue prócer de la Independencia. Así, en su origen,

en la matriz gloriosa y fecunda, en los grumos que hicieron el misterio de la concepción en élla, se predecía el futuro del gran militar integérrimo, gloria de todo un continente.

En el año de 1620 casó en Cumaná, a donde había llegado cinco años antes, don José García de Urbaneja, hijo de don Diego García de Urbaneja, vecino de Sevilla, y doña Catalina de Cubillo, con doña María González de la Peña, hija del capitán don Antonio González y doña María de la Peña Navarro. La línea de la familia García de Urbaneja era muy acreditada por la limpieza de sangre y por la nobleza de su alcurnia señorial. Don José siempre se distinguió por su espíritu público. Le tocó hacer la defensa de las costas hostigadas por piratas y filibusteros.

Fue hijo de don José y doña María don Antonio García de Urbaneja, que desempeñó el cargo de Regidor Perpetuo. Casó en Cumaná con la señora doña Josefina Martínez de Agreda y Torrico. Hubo de este matrimonio un hijo: don Antonio García que fue casado con doña Leonarda Andrade. Tocóle servir como capitán de Infantería española en Margarita y Cumaná.

Varios hijos nacieron de esta unión. De éstos don Francisco Manuel García de Urbaneja casó con doña Teresa Sánchez de Torres. Hija de los anteriores fue la señora Josefa Margarita García de Urbaneja, esposa del coronel Antonio de Sucre y Pardo, abuelo paterno del General Antonio José de Sucre.

Contaba con su escudo de armas la familia Urbaneja, apellido que antes se escribía Orbaneja. Escudo partido 1º de oro, una torre con homenaje, de gules; 2º de plata, dos mazas de sinople; orla de gules con ocho aspas de oro. Así la descripción de L. A. Sucre, ya citado varias veces en

en este estudio. (Alberto Urbaneja, Apuntes etc.)

Vemos, pues, cuán esclarecida es la ascendencia de Sucre por la línea materna, reesclarecida también por las sangres de sus ascendientes paternos, de origen francés.

Enumeramos el tronco paterno para señalar la gradación de sangres valientes, cuya vitalidad hizo linajudas a numerosas familias en la colonia, y, antes, en Francia y Flandes.

Fue el 3 de febrero de 1795 el día en que nació Antonio José de Sucre, mariscal de Ayacucho, hijo del matrimonio de don Vicente de Sucre y doña María Manuela de Alcalá.

Fueron los abuelos primeros de Sucre, don Antonio de Sucre y Pardo y doña Josefa Margarita García Urbaneja.

Los segundos, paternos, don Carlos de Sucre y Pardo y doña Margarita de Flórez y Trelles. Casóse antes de llegar a América.

Los terceros, don Carlos Adrián de Sucre, Marqués de Preux, y doña María Isabel Garrido Pardo.

Los cuartos, don Antonio de Sucre y Martigny, también señor de Preux y Diputado a los Estados Generales de Flandes, y doña Adriana d'Ive, originaria de San Martín, en donde fue bautizada en el año 1613.

Los quintos, don Antonio de Sucre, que fue señor de Orsinval, y doña Catalina de Martigny, señora de Preux-aux-Bois.

Los sextos, Francisco de Sucre, señor de Queberghe, y doña Francisca de Hontoy, su prima hermana.

Los séptimos, don Jacobo de Sucre, señor de Bellaing, y doña Francisca de Maeuille.

El tronco originario, don Claudio de Sucre casado con doña Juana de Turrut, señora de Be-

llaing. Don Claudio, radicado en Flandes, en tiempo de Felipe el Bueno, conde de Borgofia, era de origen francés. Era descendiente del Vizconde de Tolosa don Godofredo de Sucre.

Es decir, la fuente genealógica de la familia Sucre, apellido que perdió la doble c, comienza en el siglo catorce.

No pocos honores y títulos tenía el Gran Mariscal, pues su sangre no era bastarda ni en sus padres, ni él llegó a bastardear de la limpieza por manchas de delito y atrocidad. Blason singular el suyo, su blason espiritual, de timbradas glorias, más que las suyas y las de sus propios allegados en la espada conquistadora y en la lidia militar.

El escudo de armas de la familia Sucre se partía en cuartelada, así: 1º y 4º de plata de faja de sable; 2º y 3º de oro, cruz ancorada de sable.

(L. A. Sucre-Felipe Francia, ob. cit.-F. A. Chahstel, Notic. genealógicas Turnesianas-Fernández de Bethencourt, Historia genealógica y Heráldica de la Monarquía española etc.)-





V

Sobre la radiosa cumbre de las generaciones ennumeradas, se presentan dos tipos excelsos en su propia selección biogénica y psíquica, Bolívar y Sucre, cuales si en su común origen abrieran círculos de luz, y a la vez, los cerraran con sus prosapias lucidas y con el vigor de las razas que llegaron en su pujanza a producir tales ejemplares de predestinación para todas las glorias, ésas, las mismas cantadas en la épica colombiana con aclamaciones de inmarcesibles.

Al pensador, al filósofo que profundiza, al fisiólogo que navega por los ríos de la sangre energética, al inquieto explorador por las esferas de la psicología experimental, al sociólogo, dan, los vínculos de rara singularidad que unieron a Bolívar y Sucre, puntos de severo e interesante análi-

sis y de expansión fecunda. Quien haya hecho metódicos estudios de ciencias naturales podría presentar un sugestivo ensayo de la biología de estos dos hombres admirables.

En sus cunas hubieron de tener, ellos, tipos de raza y de selección anímica, el marcante precisador y enérgico del programa de una Providencia suprema, presididora gallarda de los destinos de los hombres de pensamiento y acción que aparecen, dentro de las grandes esferas históricas de la gravitación de las civilizaciones institucionales, dotados de bellísimos atributos que les aseguran, en la lidia, el triunfo resonante, y señalan en los horizontes de la justicia incorruptible, halos boreales de claridad divina que los circundarán como una a manera de premiación a su intrínseca grandeza, pulida sin cincel, no medible, élla, con los cálculos mecánicos del geómetra.

La misión del hombre privilegiado, del que en la filosofía de la historia podemos llamar sin equívoco, providencial, se prepara en el tiempo, a través de las matrices misteriosas y de los pechos ubérrimos que hacen correr sobre los labios y palabras ríos de vida nutricia. Yunque son las generaciones, yunque de oro, y crisoles purificadores. Todo se acendra. Todo se limpia. Todo se selecciona. La biología nos enseña absconditeces que no encuentra la ciencia sobre la superficie vaga de los merodeos literarios. Las relaciones de causalidad destacan raras verdades y confirman postulados de la ciencia. Las leyes de la herencia psicofísica establecen conclusiones que la ética en la historia de la humanidad en marcha sanciona como cánones inviolables.

Bolívar no es la masa errátil, cual bólido que llamea y lanza en su veloz trayectoria chispas, para desaparecer, en obediencia a su ley de gravita-

ción cósmica, silenciosamente. Trae, su misión, como si horadara la densidad de más de cuatro siglos, una fuerza rara de impulsión, que ha de verificar realizaciones hazañosas de política, sociales, éticas y jurídicas. La preparación atávica se define en los enlaces en que entran vicios, exageraciones, valor, religiosidad, exasperación por el cansancio de razas, equívocos morales, aciertos y ensayos, amor y fracasos de la inexperiencia, resultantes de mezclas étnicas y éticas, idiomas y dinastías, en una palabra: la libertad en borbollos de sangre; la vida de las culturas que, a la manera de los que en caravana, van mirando y deseando el ansiado instante de llegar al ápice de una perfección que satisfaga y que solucione los problemas de las inevitables dificultades adheridas a todo lo limitado de esto que llamamos el yo humano y el yo social.

La convergencia de la sangre preparadora de la cuna de Sucre, no se desvía al tener que irse, como rayo de luz cernido por entre la espesura del bosque hasta llegar a iluminar la superficie húmeda de la vegetación sedienta de un tantico de calor para fecundarse voluptuosamente, por entre los siglos de enlaces de amor y conveniencia en Francia y la Vieja España en su antiguo dominio apagado. La ascendencia suya marca destinos que enjambraron en derredor de las más casta y pulcra honorabilidad. Ella hizo señorío de nombre, apellido, y política, otrora, porque hay una sabia regulación providencial que abona los surcos para la germinación de los espíritus que han de hacer de la integridad su órbita única en las rotaciones de su libre albedrío.

Tal el patriciado de ascendencia de Antonio José de Sucre, emparentado con don Simón Bolívar. Sus nombres recuerdan gestas de algunos si

glos. Predestinados ambos fueron para el desempeño, acá, en los planos sociológicos de América Meridional, en el siglo XIX, una altísima revolución institucional, preparadora de las localizaciones cerebrales, éticas, políticas y sociales, en el siguiente siglo, el XX, sobre las cuales habrían de echarse las bases firmes, cuasigraníticas, para la obra magnífica de toda la civilización de Occidente, como la veremos, porque la oriental toca al ocaso de su misión enseñadora.

Cuando florezca en la plenitud de su luz cenital, los dos Héroes constituirán una de las más legítimas de sus glorias, como que fueron los creadores del estatuto de su derecho político.

Octubre de 1930



Se imprimió en los Talleres de la
Tipografía Sevillana.
28 - x - 1930



- DEL MISMO AUTOR -

Puntos de vista sobre el asesinato de Sucre.
Conferencia.

Páginas olvidadas - Crónicas - 1 tomo.

Vibraciones Patrias - Discursos 1 tomo.

Campaña de los llanos 1816 - 1819.

Viajes misioneros del P. Fernando Larrea
1 tomo.

- EN PREPARACION -

Catacumbas religiosas - 1 vol.

Siluetas negras 1 vol.